

SAN MARTÍN DE PORRES

2º, 3º

Entre los caballeros llegados: Lima por los años de 1579, fue uno de ellos don Juan de Porres, hijodalgo de ilustre familia, astuto y listo para los negocios de gobierno, apuesto en su porte. El señor don Juan venía nombrado gobernador de Panamá. Su estancia en Lima fue corta y de trámite. Durante el tiempo que permaneció en la ciudad de los reyes conoció a una joven agraciada, mulata de color, venida a Lima desde Panamá, y que vivía de su trabajo honradamente. Tenía su casita en las afueras de Lima.

Dos hijos nacieron de aquellos encuentros. Los dos niños se llamaron Martín y Juana. La madre, apoyada por el padre, los crió lo mejor que pudo, educándolos bien, pues era ella fervorosa creyente.

Fue el 9 de diciembre de 1579 fue cuando Martín vio la luz. Sus hombros eran anchos; sus brazos, fuertes; su frente, levantada; sus ojos, negros; su nariz, más pequeña que grande; sus labios, gruesos en proporciones correctas; su costillar, espeso y membrudo.

Fue bautizado Martín en la iglesia de San Sebastián. En dicha iglesia se conserva la gran pila bautismal donde fue recibido. En aquella misma pila se bautizó también Santa Rosa de Lima, la flor y rosa dominicana, patrona de todas las Américas. Se conserva igualmente la partida de bautismo de nuestro bienaventurado.

Don Juan de Porres venía alguna que otra vez a Lima. No dejó nunca de visitar a Ana Velázquez y a sus propios hijos. Los niños crecían bellos y su madre cuidaba de su salud y de su educación.

En Martín se pudo apreciar, desde sus primeros años, un sentido crístico de amor a sus semejantes. Se cuenta que amaba singularmente a los pobres y los socorría con sus pequeños ahorros. Estos ahorros debían de ser los dineros que su padre le daba cuando los visitaba en Lima.

Crecía su caridad con los años y nunca estaba más contento que cuando podía ayudar a alguno de los que llamaban a la puerta. Su madre veía en esto la hermosura de un corazón cálido. Cuenta su historia que, haciendo de recadero de la madre en compras que eran precisas para la sustentación de su casa, el niño empleaba algunas cantidades dándoselas al primer pobre que encontraba. Fue el amor a los necesitados la virtud primera que prendió en el corazón de Martín como un don del cielo.

Martín comenzó a ser conocido pronto. Su compostura, su humildad y su amor a los necesitados le hicieron célebre, no tanto por lo que daba, sino por los pocos años que contaba al dar.

Hubo día en que se privó de su alimento para dárselo a un hombre que lo demandaba. En ocasiones burló la vigilancia de su madre para substraer la algo en la despensa con qué llenar el estómago de algún vagabundo.

En la escuela, además de aprender, pasaba un tiempo orando; por eso le dieron ya el calificativo de "santo". No sabemos si llegó el nombre a sus oídos, pero de llegar, hubo de satisfacerle poniendo espuelas en su corazón para hacerse digno de tal calificativo a la edad de 7 años.

Juana crecía su lado, con otras virtudes que adornaban su condición. La maestra de los dos hermanos era Ana Velázquez. Las genialidades de su hijo Martín habían hecho venir al padre; y fue ahora cuando él creyó que la ocasión le brindaba la oportunidad de reconocer públicamente a sus hijos y ocuparse directamente de ellos.

Así lo hizo y los llevó a Guayaquil. Ana Velázquez quedó bien acomodada en casa de su familia de Lima. Martín y Juana fueron instalados en el domicilio de su padre. Su primera preocupación fue el que sus hijos prosiguieran su instrucción. Les contrató un maestro que les diera lecciones en casa y lo aprovecharon mucho.

Martín aprendió perfectamente el español, la aritmética, la caligrafía y otras materias a las que le veremos después inclinado y en las que sobresalió mucho. Dos años duró la escolanía de los hermanos.

Don Juan recibió un despacho del virrey de Lima en el que le nombraba gobernador en Panamá. Como la vida en aquellas ciudades del Pacífico corría peligro por la aparición de los piratas ingleses y holandeses, quiso llevarse a los hijos para protegerlos.

A la pequeña Juana la dejó en Guayaquil en casa de su tío Santiago, y a Martín lo llevó a Lima para que continuara sus estudios y se abriera camino.

Uno de los oficios mejor retribuidos en Lima en aquél tiempo era el de barbero. Éste extraía dientes muelas, abría las venas a la sangría, recetaba hierbas emplastos, aliviaba dolores neuralgias, rasgaba con el bisturí tumores e hinchazones. Necesitaba conocer medicamentos, tener en su casa a su disposición flores y extractos de plantas para sus curaciones. En realidad, el barbero era un médico de medicina general.

Martín demostró, desde las primeras lecciones que le diera un viejo albéitar, gran disposición para el oficio. Adelantó en poco tiempo y pudo entendérselas con los clientes muy a su gusto. Como barbero podía ser al mismo tiempo un buen hombre. Mientras cortaba los grandes largo cabellos de los soldados que venían de sus guerras y echaba abajo las nutridas barbas de los campesinos, les hablaba de lo importante de la bondad en la vida.

La barbería de Martín era frecuentada por lo más distinguido de la ciudad de Lima, pues la elegancia y buen tono que allí se respiraba atraía a ella a los caballeros y regidores. No trabajaba el esclavo, sino el ciudadano; no era el mulato el que servía, sino el compadre y el amigo.

La barbería, sin embargo, no llenaba del todo las cualidades de Martín. Atendía bien a los clientes, pero echaba de menos a los enfermos, que no recibían sus cuidados.

Con los conocimientos adquiridos anteriormente tenía Martín una buena base para ampliar sus estudios y prácticas y subir un punto en su profesión. Así lo hizo. Se constituyó ayudante de un buen médico y cirujano a la vez, el cual le instruyó en el manejo del bisturí y de cuántos instrumentos era precisos para intervenciones corrientes.

El joven salió tan buen "practicante", que acaparó la mayor clientela de Lima. Esta clientela la formaban principalmente los pobres y gente sencilla. Esto era lo que el joven apetecía, pues los ricos podían pagarse un buen médico y cirujano a la vez. El gozo de Martín al trabajar en su nueva profesión no tuvo límites.

Dejó la barbería (la regentó en días determinados, llamándole más la cirugía). La casa de Martín se vio inundada de clientes menesterosos que buscaban en él al hermano experto.

Martín, "practicante", quedó como el patrono de los de su oficio.

La leyenda de Martín nos dice que estudiaba de noche, consumiendo largas horas en el aprendizaje de sus lecciones. Más de la mitad de la noche la empleaba en la oración ante Cristo.

En la casa donde ahora vivía el pupilo, pues podía muy bien pagar la pensión con lo que ganaba, pudo observar la mujer que le atendía, que, en las altas horas de la noche, permanecía encendida una vela en el cuarto de Martín. La curiosidad quiso saber la causa y, observando por el agujero de la cerradura, vio a Martín en oración, y oración tan subida, que su cuerpo se alzaba del suelo algunas cuartas. No lo quería creer la mujer, pero lo tenía tan a la vista, que tuvo que darse por vencida. Enseguida corrió la noticia por la ciudad.

El templo de los dominicos de Lima, llamado del Rosario, era el lugar preferido de Martín para sus oraciones y visitas. Esta ocupación se prolongaba por tiempo hasta que el deber que se había impuesto de curar a los enfermos pobres lo llevaba a sus "casas", a los hospitales.

A veces se sentía tan agotado que se paraba un momento, sin dejarse vencer por el cansancio y el sueño. No parecía persona, según eran los trabajos que soportaba, sino un ser de un mundo espiritual. La lucha mayor que sostuvo en sus pensamientos fue el sueño. Se le cerraban los ojos y la cabeza se le venía al suelo. Para vencerlo tomaba las posturas más incómodas y variadas a fin de mantenerse despierto.

La afición que Martín tomó a los monjes dominicos fue mucha. Aquellos religiosos desplegaron tan profundo extenso apostolado, que eran la admiración de Lima. Mientras unos regentaban las clases de la Universidad, otros recorrían los suburbios de Lima llevando el apostolado a los trabajadores del campo y a los pobres de las barriadas extremas. Muchos otros salían hacia la sierra a predicar, y algunos se dedicaban a decorar templos y altares o a escribir obras de teología y filosofía.

Martín ingresó en el convento del Rosario como en casa propia. Conocía todos sus rincones y podía allí ejercer su profesión, lo mismo con los religiosos que con los seglares. La Regla de los Dominicos se abre toda actividad donde tenga el primer

puesto el amor de Dios y el amor al prójimo.

Martín contaba sólo 15 años. El dominico Martín, por sus conocimientos, por sus aptitudes, fue nombrado barbero de la casa, mostrando una solicitud y un esmero grande porque los religiosos anduvieran limpios de barba y pulcros de cerquillo. El convento dominicano del Rosario de Lima así como mesón por donde pasaban y descansaban los que habían de ir a otros puntos, como a México, Guatemala, Ecuador, Costa Rica, Chile, Argentina...

La pobreza del convento de fray Martín llegó a tal punto, que el prior, teniendo algunas deudas contraídas, se vio atropellado por los acreedores que le exigieron la cuantía del dinero. No tenía él en casa con qué satisfacerlos, por lo cual tomó uno de los mejores cuadros que los religiosos habían traído de España y fue a venderlo. Por aquél tiempo había judíos en Lima. Otros objetos de valor acompañaban al cuadro. Fray Martín supo el apuro del prior y supo la determinación del mismo de vender todo aquello. Voló al sitio donde se hacía la venta y tomando al prior aparte, le dijo así:

"Ya sé, padre, que tenemos que pagar esa deuda, pero le ruego que no venda el cuadro. Tengo yo otro medio para el pago; quizá lo acepten mejor; me daré en esclavo del acreedor, y con mi trabajo satisfaré la deuda".

Otro día se le vio el rostro arrebolado de modo que no pudo disimular la fiebre. Sentía que la fatiga le rendía y, no obstante, no abandonaba su trabajo. Un religioso le denunció al prior y éste le envió inmediatamente a la cama. Fray Martín pidió al prior la bendición, como es costumbre entre los dominicos, se retiró a su celda. Fueron a visitarlo algunos religiosos y vieron que no se había quitado la ropa. Estaba en la cama los zapatos puestos; claro ... ¡es que no había tocado las sábanas!

Nueva denuncia al padre prior.

Éste, que conocía los quilates de la virtud de fray Martín, dijo los acusadores:

"Hermanos, fray Martín es un gran teólogo y un místico; su teología mística le ha hecho conocer el secreto de unir mortificación a la obediencia".

De todos modos, tomó el parecer del superior y curó su dolencia.

¿Cómo consideraba fray Martín la pobreza?

Como una amiga inseparable divina que le llevaba a vestidos usados, zapatos burdos, sombrero raído, capa con ventanillas abiertas al espacio.

En su celda había unas tablas sobre dos hierros que sostenían un jergón de hoja de maíz, dos sábanas toscas, dos mantas no muy buenas, un taburete, una mesa de madera sin adornos, un armario del mismo estilo.

Curiosidades, ninguna.

Sobre la mesa y en el armario, instrumentos clínicos, almireces para triturar plantas y batir líquidos, gasas de hilo sacadas de algún retazo inservible, bien hervidas; frascos con medicamentos. El armario contenía cuantas plantas podía recoger para sus emplastos, bebidas aromáticas y curativas.

Para él nada; para los enfermos, todo.

De objetos religiosos, tenía en el testero de su cama una cruz de madera; en los lienzos laterales, dos estampas: una de la Virgen del Rosario y otra de Santo Domingo. Usaba un rosario al cuello como todos los dominicos de América, y llevaba otro suspendido de la correa. El rosario para él era el arma sagrada a la que se acogía en la que confiaba en sus impulsos y en sus trabajos.

En la curación de las enfermedades, fray Martín disponía de varios recursos, todos ellos eficaces. Lo primero era la oración. A sus enfermos graves los encomendaba a Dios y a su Madre, y las curaciones no tardaban en realizarse.

El segundo procedimiento era la aplicación de las medicinas usadas ya para las diferentes dolencias.

El tercer medio que usaba fray Martín, a petición de los enfermos, era aplicarles su propia mano en el sitio del dolor. Las curaciones eran repentinas. El contacto de su mano era efficacísimo y la curación instantánea. El convento de dominicos del Rosario de Lima se había convertido en un hospital; fray Martín iba recogiendo los enfermos callejeros, llevándolos a él.

Algunos religiosos mostraban su disgusto por ello, ya que los ayes, los cuidados, la asistencia a los enfermos no solamente ocupaba a fray Martín, sino también a otros religiosos, con daño para la disciplina regular, el buen orden: los deberes de la comunidad.

Un día se presentó en el claustro con un enfermo al que llevaba a cuestas. Lo metió en su propia celda y le acostó en su misma cama. El enfermo iba hecho una lástima. Lo había encontrado caído en la calle. Vestía andrajos y ardía en una fiebre altísima. Uno de los hermanos de obediencia le reprendió por aquella caridad, no por ir contra dicha virtud, sino por el trastorno que causaba en el convento.

-¿Cómo, hermano Martín, traéis a la clausura a enfermos?"

-"Los enfermos no tienen jamás clausura", contestó fray Martín.

-"¿Queréis decir que traeréis al convento a tantos enfermos encontréis en las calles?"

Fray Martín regresaba al convento de noche. En una callejuela encontró a un hombre herido de gravedad. Lo tomó a cuestas y entró en el convento con él. Le curó la herida, que era de puñal muy honda, y le acostó en su cama, con la intención de trasladarlo a casa de su hermana Juana tan pronto como mejorase.

El superior, por el momento, impuso una penitencia a fray Martín por haber faltado a la obediencia. Fray Martín probó su humildad aceptándola y cumpliéndola al pie de la letra. Ahora fue el padre superior el que solicitó su ciencia:

-"Hermano fray Martín, no tuve otro remedio que imponeros una penitencia por no haber cumplido mis órdenes."

-"Perdone S. P. mi desatino" -contestó fray Martín- "pensaba yo que la santa caridad debía tener todas las puertas abiertas."

-"Bien está lo que habéis hecho" -dijo el padre- ; y desde este momento el convento del Rosario será vuestro segundo hospital. Podéis traer cuantos enfermos queráis a él."

A dos millas de la ciudad, en un lugar llamado Limatambo, tenía el convento unas tierras que los hermanos trabajaban. Ayudábanlos algunas personas indígenas y de color. Convivían todos en una santa hermandad. Se les enseñaba el cultivo de la tierra y los elementos más sencillos de la religión. Abrían surcos para el trigo y abrían las almas al trigo de la fe y del amor de Dios.

Fue idea feliz la del padre superior el enviar a fray Martín a aquellas tierras, porque no faltaban allí enfermos y necesitados de sus cuidados y arte de curar. Eran pobres en su mayor parte. La vida vagabunda que llevaban le dolía fray Martín. Pero ¿cómo remediarlos y dónde? Él con sus enfermos, con sus pobres tenía bastante para llenar todas las horas del día, amén de sus deberes del convento. Tenía los hospitales llenos: el convento del Rosario y la casa de su hermana. De todos modos, podía sufrir su corazón que aquellos harapientos continuaran merodeando por la ciudad.

Pensó entonces acometer una empresa. En principio, lo sabía ya: acondicionar un buen local que fuera escuela y albergue. Divulgó el proyecto después de haberlo madurado; habló de él a muchas personas medianamente pudientes. El señor arzobispo, así como el virrey, se mostraron generosos con él enviándole de antemano algunos dineros. Un comerciante rico y su esposa, llamados Mateo Pastor y Francisca Vélez, le ofrecieron una gran cantidad. Otras personas no se quedaron cortas en los donativos.

Fray Martín tenía ya asegurado con ello el éxito en la obra proyectada. Compró unas casas, las adecentó cuanto pudo, distribuyó los departamentos, organizó los trabajos y así quedó fundado el Asilo y Escuelas de Huérfanos de Santa Cruz, primer establecimiento de ese género en Lima.

Primeramente, acogieron en él solamente a niñas. Puso al frente del nuevo Asilo a señoras para que educaran a las discípulas convenientemente para ganarse honradamente el pan.

Si los resultados prácticos del asilo fueron tan visibles que toda la ciudad de Lima los podía apreciar directamente, fray Martín pensó en extender su obra a los varones, y así lo hizo: un nuevo albergue había de levantarse o adecentarse para los niños. Se hizo el milagro como siempre.

¿Por qué a fray Martín no se le ha declarado Patrón de todos los animales?

Iba un día camino del convento. En la calle distinguió un perro sangrando por el cuello y a punto de car. Se dirigió a él, le reprendió dulcemente y le dijo estas palabras:

-“Pobre viejo; quisiste ser demasiado listo y provocaste la pelea. Te salió mal el caso. Mira ahora el espectáculo que ofreces. Ven conmigo al convento ver si puedo remendarte.”

Fue con él al convento. Nueva admiración para los religiosos. Acostó al perro en alfombrita de paja, le registró la herida y le aplicó sus medicinas, sus ungüentos. Una semana entera permaneció el animal en la casa. Al cabo de ella, le despidió con unas palmaditas en el lomo, que él agradeció meneando cola, y unos buenos consejos para el futuro.

-“No vulvas a las andadas -le dijo-, que ya estás viejo para la lucha”.

En los cuadros de fray Martín aparece éste conversando con ratones, gatos, perros y alimañas. Todos le escuchan y todos comen en el mismo plato. Todos eran criaturas de Dios. Pero estas criaturas no siempre obran en armonía con el Hombre: se interponen en su camino y destruyen algunas de sus obras más útiles para él. Esto sucedía en el convento de dominicos del Rosario de Lima.

Todos los hermanos del convento se quejaban de los ratones. De cuando en cuando aparecían grandes ratas, blancas de pelo voraces como el cáncer. El hermano sacristán se aprestó al exterminio porque era en la sacristía donde causaban más daño. Telas antigua venidas de España, terciopelos, estameñas, tejidos de hilo algodón, eran pasto de los ratones.

Delante de fray Martín manifestó su propósito, y preparaba algunos venenos para darles muerte.

-“No haréis eso, hermano, pues son criaturas de Dios y ellos, como los demás seres, tienen derecho a vivir. Dios no hizo nada sin un fin determinado. En la creación nada estorba, todo demuestra alguna perfección del Creador”.

-¿Pero es que nos vamos a quedar sin ropas en la iglesia? Venga, hermano Martín y vea por sus ojos los destrozos que han hecho ya”.

-“La verdad es que no han estado correctos. No es ése su alimento; pero hermano, la necesidad les ha precipitado y llevado a lo que nunca debieran tocar.

-¿Y quiere su caridad que no nos armemos contra ellos?

-“Hay una solución: llevarlos a otra part”.

-“¿Adónde, fray Martín?”

-“Hay unos terrenos más allá de la casa de mi sobrina, donde se les puede acomodar muy bien.

-“¿Os atreveríais a conducirlos allí como si fueran mansos corderos?”

-“Con la ayuda de Dios lo intentaré”.

En aquel momento, por debajo de la tarima sobre la que se abría el cajón de las ropas mejores, apareció un ratoncito embigotado, alargando el hocico y moviendo a uno otro lado los ojos. Fray Martín le llamó amorosamente.

-“Un momento, hermano ratón, acércate un poco más sin miedo. No sé si tú serás culpable o no de los desperfectos que habéis ocasionado en las ropas de la sacristía. De todos modos, hoy mismo tenéis que salir del convento todos. De manera que llevas el recado a los demás para que sin falta, inmediatamente, os reunáis aquí”.

El hermano sacristán quedó atónito cuando vio que el ratoncito dio una vuelta en redondo con mucha gracia y salió corriendo hacia el interior de la tarima. La orden corrió por todos los rincones del convento. Unos tras otros fueron llegando a la sacristía docenas y docenas de ratones. Fray Martín les echó en cara su mal comportamiento. El hecho es que nunca volvió a verse un ratón en el convento de dominicos del Rosario. Todos los días, a cualquier hora, fray Martín pasaba por aquel lugar y dejaba grano pan para sus amiguitos los ratones. Ellos lo celebraban con saltos, rozándole con sus hociquitos los pies.

No fue fray Martín muy aficionado a muchas devociones, pero tenía algunas que no dejaba jamás. Por derecho propio, después del culto al Sacramento, venía la devoción a la Virgen del Rosario. En el vestíbulo del refectorio había una imagen de la Virgen muy devota y de algún mérito artístico. Fray Martín alzaba los ojos a aquella imagen cuantas veces entraba en el refectorio tomar el alimento. Recabó para sí el cuidado de la misma, y desde muy temprano, la adornaba con ramos de flores recién cortadas en el huerto conventual. Con las flores encendía algunas velitas que los devotos le donaban. Dícese que la Virgen se le aparecía con frecuencia y conversaba con ella amorosamente. Fue gran contemplativo.

El Ángel de la Guarda tuvo en su corazón y en sus plegarias un lugar muy distinguido. En aquellas largas y nocturnas excursiones por la ciudad de Lima, sin luz en las calles, el Ángel guiaba sus pasos, barría ante sus pies los obstáculos que se atravesaban y le conducía por entre las tinieblas al convento.

De Santo Domingo de Guzmán tomó fray Martín la costumbre de darse tres disciplinas diarias: la una, por la conversión de los que hacían el mal; la otra, por los agonizantes, y la tercera, por los difuntos. Puntualmente fray Martín hizo lo mismo. Si sangrientas eran las disciplinas de Santo Domingo, no lo eran menos las de fray Martín. La tercera que había de tomar fray Martín no era por mano propia, sino por mano ajena. Una vez, un hombre de los ayudados por fray Martín y admirador de su virtud, le preguntó:

-“¿Cómo podré salvarme?”

Muchos religiosos del convento del Rosario están en cama atacados de viruela. Padenen todas fiebres altísimas y algunos creen llegado el último momento de vida. En la ciudad los muertos son incontables. El contagio va de casa en casa, en todos los hogares deja

un crespón de luto. Entre todos los hermanos figura a la cabeza fray Martín. Lo reclaman los enfermos en la esperanza de que allí donde los remedios no alcancen, ha de alcanzar su virtud milagrosa. Mas el hecho inaudito que pone espanto a todos los religiosos es que fray Martín está a la cabecera de los enfermos a toda hora.

-“¿Cuándo duerme? ¿Cuándo descansa? ¿Y dónde?”

Nada se sabe. Pero se conocen dos cosas que la razón no alcanza: que entra en el noviciado estando cerradas las puertas. Que se coloca la cabecera del enfermo a los pocos instantes de haberlo invocado y que ruega por él. Los jóvenes novicios se sorprenden viéndole entrar a deshora el cuarto y oyendo hablar al enfermo:

"¿De dónde venís, hermano Martín? ¿Quién os ha llamado?"

-“Tu necesidad. hijo mío. Te oí llamarme y vine a verte: necesitabas de mí. Vas a tomar esta medicina.”

Tiénesse por cierto que se le vio al mismo tiempo en distintos lugares ejerciendo su caridad; ayudando bien morir a un atacado de tifus y curando en el hospital a sus enfermos. Aún más; algunos hombres favorecidos por él en lugares muy distantes lo reconocieron al verlo.

Fray Martín poseía otra gracia no menos singular: la invisibilidad. En ocasiones se hacía invisible, sobre todo en los éxtasis. Los que conocían los lugares de sus arrebatos místicos iban a veces a espiarlo por ver el prodigio de levantarse del suelo.

Los muchos trabajos, vigiliass, ayunos y quehaceres fueron minando poco a poco la salud de fray Martín. Parecía un espíritu más que un hombre. La fama que de santo tenía, corría por todos los hogares. Apenas había uno solo en Lima adonde él no llevara el regalo de sus medicinas o de sus consuelos. Avenía matrimonios, concertaba enemistades, fallaba pleitos, reconciliaba a hermanos, fomentaba la religión, dirimía contiendas teológicas y daba su parecer acertado en los más difíciles negocios. Era “*el Ángel de Lima*”.

Corría el año 1639. Fray Martín llevaba días de decaimiento y flojedad. Las fuerzas le abandonaban una fiebre le encendía un tanto la sangre. Como en la atmósfera, que a nubecilla se crece y se convierte en nube parda y la nube parda rasga sobreviene la tormenta y el aguacero torrencial, la fiebre de fray Martín se transformó en una fiebre alta que le obligó a meterse en la cama. Sabía él ya de antemano lo que había de suceder. Tenía la revelación de su muerte. Los padres hermanos acudieron su habitación y él les dijo:

-“He aquí el fin de mi peregrinación sobre la Tierra. Moriré de esta enfermedad. Ninguna medicina será de provecho.”

A los dolores físicos sobrevinieron los ataques del diablo. El enemigo, que durante la vida le había combatido sin cesar, redobló en aquella hora sus ataques y sus tiros. El diablo llegó a aparecérselle entre resplandores siniestros de llamas devoradoras. La lucha debió de ser

brava, pues fray Martín sudaba hasta empapar toda la ropa de la cama. y en alguna ocasión, se le oyó rechinar los dientes, en señal de lo rudo de la acometida diabólica y de la valentía con que él la rechazaba.

Declaró que no se encontraba solo en aquella su última hora, que muchos seres espirituales estaban a su lado, entre los que destacaban el espíritu de Santo Domingo, de San Vicente Ferrer y de Santa Catalina de Alejandría.

Mientras tanto, y según es costumbre Regla, un hermano tomó unas tablas herradas con argollas en ambas caras. Recorrió todo el convento agitándolas fuertemente. Cuando muere un dominico no se doblan las campanas hasta después de morir. La señal de agonía de un religioso es el sonar de aquellas argollas que levantan de sus asientos a todos los religiosos, y del lecho, si están acostados, comenzando todos a rezar. Fray Martín, viendo a los religiosos arrodillados ante su cama, les pidió perdón a todos por "*los malos ejemplos que les había dado*". En todos los ojos reventaron el llanto las palabras humildes y sinceras del bendito hermano. Entonces, y viendo que el momento feliz se acercaba de ver a gozar de Dios, pidió fray Martín al prior que entonasen el Credo en alta voz. Así se hizo. Los religiosos, con singular unción y lentamente, pronunciaron el ... *Et homo factus est* ... Fray Martín cerró los ojos y se durmió en el Señor.

Eran las nueve de la noche del día 3 de noviembre de 1639. Las campanas de la torre del Rosario doblaron a muerto. Un escalofrío corrió por toda la ciudad de Lima. Toda la ciudad sabía que fray Martín estaba gravemente enfermo. El doblar de las campanas anunciaba su fallecimiento.

Fueron los primeros en llegar al convento el virrey, conde de Chinchón; el arzobispo de México, don Feliciano de la Vega; el obispo preconizado de Cuzco, don Pedro Ortega; don Juan de Peñaflores, miembro de la Cámara Real, etc.

Religiosos de todas las Ordenes se mezclaron con los dominicos para las exequias. Mientras tanto, los files, furtivamente, iban cortando trozos al hábito del bienaventurado, hasta el punto que el padre prior vio en la necesidad de cambiárselo varias veces. El cadáver de fray Martín fue llevado a hombros desde la iglesia al cementerio conventual, que estaba dentro del mismo convento, siendo sus portadores los señores ilustres de referencia anterior.

En vista de los milagros y concesión de gracias de fray de Martín, se instruyó el proceso de beatificación. El 29 de abril de 1763, el papa Clemente XIV dio decreto proclamando las virtudes heroicas de fray Martín. El 31 de julio de 1836, el de papa Gregorio XVI publicó el decreto de aprobación, y el 8 de agosto de 1837, el mismo Pontífice firmó las cartas de beatificación. Hoy ya está canonizado. El culto El nuestro se Santo se ha extendido enormemente por toda la América, Estados Unidos, Irlanda, Inglaterra, Filipinas, España, Indias orientales, Méjico, África, etc.

Aportación de Marianna De La Fuente